



Reportaje

## ENTREVISTA CENTRAL

### a Ana Ribeiro

#### “Asistimos a un cambio de gusto importante”

Gerardo Mantero - Luis Vidal Giorgi

Ana Ribeiro es Licenciada en Historia, historiadora, docente de la Universidad Católica del Uruguay (UCUDAL) y del Centro Latinoamericano de Economía Humana (Claeh). En tres ocasiones ganó el Primer Premio de la Academia Nacional de Letras. En 1997 obtuvo el Primer Premio en el Concurso de Ensayos organizado por el diario El País. En el 2003 publica «El Caudillo y el Dictador», recibiendo el Premio Revelación en la entrega de los Bartolomé Hidalgo. Como no podría ser de otra manera, en la siguiente entrevista hablamos de Artigas, de las particularidades de su tiempo, y de su legado. Pero también abordamos las problemáticas y desafíos que tiene por delante el sistema educativo, las políticas culturales desde la perspectiva histórica, de los «cambios del gusto» que se constatan en nuestro país, del futuro, y de nuestra ubicación en el mundo.

-En una reciente entrevista Barrán nos decía que necesariamente los líderes se parecen a su pueblo. En el libro «El caudillo y el dictador» se retrata muy bien la personalidad de Artigas. ¿De dónde proviene esa manera de ser tan aséptica, tan austera de Artigas, que no condice con su procedencia?

-Yo creo que sí condice. Era de las familias fundadoras de un sitio remoto, al que casi nadie quería venir, y que por instalarse aquí le dieron algunas prebendas importantes: título de don, que de la escala nobiliaria es el título menor, un loteo importante de terreno en la ciudad, chacra, estancia en las afueras. Pero esta era una localidad modesta, y no se hicieron fortunas muy importantes. Nadie lo hizo. Ahora: él vivió aún más pobremente de lo que el rango de su familia marcaba, es cierto, pero también es cierto que tuvo una experiencia en la juventud que lo vinculó mucho al campo. Él opta por el campo. Él, como dice la página editorial que escribieron en el diario paraguayo El Independiente Paraguayo para despedirlo, el Gral. Artigas no amaba las ciudades. Este hombre no amaba la ciudad. Además, en el campo oriental nadie se podía permitir lujo alguno. Él se acostumbró a ese modo de vida. Su austeridad y su espartanismo no eran diferentes al de la gente que lo rodeaba. La diferencia estaba en que él tenía mucho poder. Había llegado a reunir en sí muchísimo poder. Y lo que contrastaba era esa cantidad de títulos, El Protector, El Jefe de los Orientales, junto a su despojamiento para ejercer el poder.

-La personalidad de Artigas, a la luz de los trabajos de los distintos historiadores que lo retratan, es fascinante: un estratega militar, un líder de gauchos e indios, un político, un conocedor de la campaña como pocos, un patriarca, generoso, valiente. Capaz de crear frases que quedaron grabadas en nuestro imaginario, y que hoy serían la envidia de cualquier experto en marketing político ¿Tenía algún defecto Artigas?

-Claro. ¿Cómo no va a tener?

-Taco Larreta, que está escribiendo la historia de Artigas para la televisión española, dice que el único defecto que le encontró es que era un obcecado.

-¡Claro! ¿Y qué te parece? Con sus obcecaciones arrastraba a miles que iban quedando en los campos de batalla. O sea: podés tomarlo como coraje, como valentía, como patriotismo, pero también hay algo de demencial: no rendirse y pelear durante cuatro años más allá de la capacidad física de todo el que lo rodeaba, es mucha obcecación. Y, sin duda, debería tener otros defectos, que la historia con dificultad registra. Sí era un hombre con dignidad en el sentido de palabra dada, cumplía su palabra, porque los códigos de época lo indicaban. Y era un hombre que tenía eso que conocemos muy bien de múltiples ejemplos en la historia: generosidad para pensar los problemas y las dificultades de los que estaban por debajo de su lugar social. Esa generosidad de una clase hacia la otra, que no es exclusiva de Artigas. Tenía una compasión, una piedad, una real preocupación por los problemas de los otros, que lo enaltece muchísimo. Pero, digamos las cosas con más claridad: él buscaba poder. No por el poder en sí mismo, para tener manjares, banquetes y lujos exorbitantes, pero nadie busca el poder sólo por el bien de los demás. Que use ese poder para el bien de los demás, es factible. Pero el poder es una cuestión de regodeo personal. Él tenía eso. Podés verlo como virtud, o no: si el poder no te gusta, no lo ves como virtud. Depende de cómo lo veas. Los líderes tienen eso, indefectiblemente. Yo te diría que él tenía una condición vital de excelencia, en el sentido de que era un hombre muy rápido, muy inteligente, muy vivo, y sabía captar muy bien las psicologías humanas, lo cual no quiere decir condición intelectual superior. Porque no era un letrado, lo suyo era la acción y no la lectura exhaustiva. Parte de esas frases que a ti te impresionan mucho, probablemente se debieron a algunos giros de filosofía y de lenguaje que sí podían realizar sus secretarios, algunos de ellos con una formación muy brillante. De pronto él no. Ahora, el sentido de esa letra florida que da origen a tanta frase y tanto refrán, sí lo marca él. Él marca del principio al fin. Porque es una pregunta que siempre me hacen: ¿era él o lo escribían los secretarios? No: él marca de principio al fin una línea de acción muy clara. Es él, siempre. No había quien le escribiese. Pero sin duda adornado por otras plumas.

-También es cierto que teniendo ese poder, y en una época de barbarie, no se constatan grandes excesos o injusticias cometidas por Artigas.

-La revolución se caracterizó por una cosa muy peculiar: una centralidad del poder. El poder es patrimonial y paternal. Él es dueño de las vidas, de las haciendas y de las voluntades de aquellos que lo rodean. Todos los grandes caudillos pasan a serlo. Bueno, venían de negar obediencia a un rey, todo había quedado acéfalo. El poder nuevo se tiene que constituir de alguna forma. Y, en algún sentido, tenía un poder de decisión absoluta. Pero él se empeñaba en un ejercicio de democracia que fuera educativa, sobre todo para aquellos sectores que no sabían cómo ejercer el poder, porque nunca lo habían ejercido antes. Entonces tú ves como pasa de la cosa respetuosa y didáctica de la democracia, al gesto de «ahora me tienen que obedecer». Hay un escrito que dirige al Cabildo de Corrientes en donde les dice: «Les ordeno ser libres». Esa frase siempre me pareció impresionante. Te pueden ordenar cualquier cosa, menos ser libre: ya hay una orden que impide tu libertad.

- Esas características son parte de lo que después se denominó el legado artiguista, que se sigue invocando desde los ámbitos políticos y sociales.

-Sí. Un legado simbólico enorme. Este país se siente artiguista, se siente «la patria de Artigas» entre comillas, y probablemente ese sea el mayor legado. O sea: fue una figura construida; él existió, no se construye a sí mismo nadie más que él; pero luego ¿en qué se convierte Artigas? Cuando se convierte en un mito, es una construcción colectiva. Este hombre durante mucho tiempo fue defenestrado por muchos, amado por otros, luego convertido en leyenda negra en la historiografía argentina. Cuando lo reivindicamos, lo limpiamos de toda esa imagen nefasta y lo convertimos en el héroe nacional ante el cual se deponen todas las banderas y banderías, y todo el mundo, unánimemente, lo proclama, eso es una construcción colectiva. Cuando se construye colectivamente el mito Artigas, el legado mayor es, precisamente, que sea un símbolo de unidad. Podría ser la postura frente a la tierra, o el ideal de Federación, pero el Uruguay independiente amputó el ideal de federación. Digamos la verdad. La postura ante la tierra no fue una reforma agraria propuesta y es impracticable, impensable, después de su tiempo en adelante. Entonces ¿qué nos queda? Las Instrucciones del año XIII: negarse al puerto en Buenos Aires, formar una Liga Federal. Sí, quedan aquellas cosas que los uruguayos

sienten que les son constitutivas. La República, en el sentido de que aquí no hay monarquía. La división de poderes, la afirmación de participación popular en el poder, entendida en cada época distinta. Porque este país comenzó teniendo una Constitución de 1830 en la que los analfabetos no votaban, y eran el 90 por ciento de la población. Fuimos ampliando el sentido de ciudadanía. Pero siempre sentimos que cumplimos con el artiguismo cuando ampliamos el sentido de ciudadanía. Yo te diría que el mayor legado del artiguismo, es el legado simbólico que representa como héroe, constituido por unanimidad como Héroe de la Nación.

- Le quitaste valor al reglamento de tierras como acción de integración social.

-El reglamento de tierras no es una reforma agraria. El reglamento de tierras es una medida política y económica, que responde a la demanda de los hacendados, no de los más pobres. Porque antes de que Artigas promulgue el reglamento de tierras, hay una delegación de hacendados que va a hablar con él y que le reclama que hay que poner en orden la campaña. Y es, por sobre todas las cosas, una instancia de decir: «bueno, aquí estamos; este es el año 1815, hemos peleado mucho y conseguimos el poder; hace cuatro años que han perdido todo lo que tienen por estar conmigo; yo castigo con la tierra a los que no están conmigo, y premio con la tierra a los que están conmigo». Es un poder nuevo que se legitima, y que premia y castiga, fundamentalmente. Se debe entender en su momento histórico, es inaplicable fuera de él. Yo sé que hay una mística muy fuerte, pero hay que decir las cosas. Soy historiadora y no política. El reglamento es inaplicable fuera de su momento histórico. No es que le reste valor: no le doy una longevidad mayor de la que tiene. Esas cosas que sirven para todos los tiempos como recetas inalteradas, son mesianismos y dogmatismos, y yo no los acepto.

-Pero en esa obra cumbre de Florencio Sánchez que es Barranca Abajo, se señala que Don Zoilo podría haber sido un beneficiario de aquel reglamento artiguista y, al no tener sus papeles en regla, fue expulsado por los intereses de los grandes terratenientes.

-Sí. El reglamento se aplicó en muchos casos. Y luego paró de aplicarse porque la guerra imponía: estaban invadiendo y estaban anulando. Lecocq llega anulando los poderes anteriores. Mucha gente pudo haber sido beneficiaria. La tierra oriental quedó en desorden durante mucho tiempo. Había gente que tenía tierra que se la había otorgado el rey, a otros, Buenos Aires durante su breve ocupación de la zona sur de lo que hoy es Uruguay. Había gente que le había dado la tierra Artigas, y había quien se la había dado Lecocq. Y un buen día nacimos a un país independiente. Y hubo que reglamentar todo eso. Fue una de las primeras discusiones entre Rivera y Oribe: Rivera favoreció a los ocupantes, Oribe favoreció a los que tenían título legal. Rivera era desordenado y mano abierta, patrimonialista, y además era elástico y político de raza, capaz de contradicciones, y Oribe era legalista, un militar de carrera, circunspecto. Dijera Zum Felde: «El primero se duebla pero no se rompe, y el segundo es rígido».

-La pregunta que hacemos a todos los historiadores: ¿en qué periodo de nuestra historia se podría detectar las primeras medidas que denoten una preocupación por la cultura de parte del Estado?

- Ya que veníamos hablando de Artigas, es inseparable del Estado tener cierta preocupación por las políticas culturales, desde el fondo de los tiempos. Pero el tiempo marca las cosas que se hacen. Durante el muy endeble y promisorio período en el cual Artigas gobierna, por ejemplo, se funda la Biblioteca Nacional. ¿Eso es política cultural? ¡Y sí! Lo que pasa que el Estado que nosotros hemos ido construyendo, ha ido cambiando con el tiempo. Y no es lo mismo el Estado juez y gendarme, el Estado en un sistema capitalista en su fase liberal, a un Estado que se va transformando en lo que hoy, en los libros de ciencias políticas, se conoce como Estado social, el Estado benefactor heredado de la época del mesianismo que ha ido evolucionando y que ha ido sumando como láminas, obligaciones, esferas, en las cuales actúa. Las esferas que va sumando, tienen muchísimo que ver con el mundo cultural; y el Estado cada vez más es un gestor cultural. Es un gestor empresarial, pero también cultural. ¿Qué lugar ocupan las políticas culturales? ¿Cuál es su prioridad? Bueno, eso varía en cada gobierno; que es distinto a decir Estado. Los Estados tienen, normalmente, políticas culturales: llevar adelante un sistema educativo es parte de las políticas culturales; extender el sistema de enseñanza secundaria, es parte de las políticas culturales; llevar la cultura a las esquinas en el plan de Rosencof, son políticas culturales. O sea: todos los Estados tienen alguna.

-¿Se podría determinar con precisión un periodo de nuestra historia en donde se concretaron políticas culturales que hayan tenido repercusión ulterior?

-Y, yo te diría que cuando el Estado de bienestar, el Estado benefactor, que es en torno al batllismo. Ahí las políticas culturales fueron más fuertes. Un sistema educativo que se extendió como una red imparable, con muy buena base edilicia, con una política de espacios públicos muy ricos, mucha cantidad y muy buena calidad de teatros, de cines, cuando el cine aparece. Claro, es un concepto de lo que es política y de lo que debe hacerse en los espacios abiertos, que luego va a ir cambiando con el tiempo. Hoy las políticas culturales pueden estar apoyando los espacios para murgas, por ejemplo, mientras que en épocas del batllismo, eran espacios para música clásica, música de cámara. Cambia el qué le ponés tú dentro y qué entiendes que es importante. En ese momento el Estado es más fuerte, el batllismo es un gobierno con preocupaciones universalistas, y de cuño muy iluminista, además: lo mejor de la gente se saca si yo la educo de manera adecuada. La educación eleva: si tenés ese principio, que es básico para el iluminismo, entonces, tenés una política cultural fuerte.

-Mencionaste a la educación, y tu te desempeñas como docente ¿Nuestro sistema educativo responde de manera adecuada a esta fragmentada sociedad uruguaya y a esta penetración corrosiva de los medios de comunicación, que tiene tanta influencia en el alumnado?

-El sistema educativo sufre todos los problemas que derivan de su ampliación. Esto es: si tú extiendes a todo el país el derecho a ir al liceo, si masificas el liceo, el nivel de lo que brinda, naturalmente baja. Salvo que el Estado tenga una fortuna gigantesca, y no la tiene, entonces digas: amplío y mantengo, que no es el caso del Uruguay. Entonces, extiendes el servicio, más gente va al liceo, más gente cumple con el requisito de enseñanza secundaria completa, pero deja de ser aquello que era para pocos y que por lo tanto se financia. Si tú traes a los tres millones de uruguayos a que accedan a la Universidad Católica, ésta va a dejar de tener las instalaciones en el estado en que están. Salvo que haya una fortuna gigantesca que pueda prevenir los deterioros. Entonces, el sistema educativo decae con la masificación. ¿Por qué? Porque el Estado no crece a la par de la extensión de los servicios. Luego: han cambiado muchísimas cosas en el mundo, con demasiado vértigo. No sólo los medios de comunicación. Han cambiado algunos conceptos básicos. La enseñanza debería ser cada vez más interactiva, la currícula educativa debería ser menos lineal y más participativa, deberíamos ahondar en el principio de saber por medio de la pesquisa y de la búsqueda y no de la repetición puntual de un programa de un docente o de un texto. Todas esas cosas, implican cambios muy grandes de tipo conceptual que, de pronto, no todos se han realizado en tiempo y forma. El Uruguay tiene un ritmo muy lento, es muy conservador, teme todo tipo de cambio; y el mundo no lo espera, ni al Uruguay ni a nadie. Los medios de comunicación son, junto con el Estado y con la familia, las tres vías en donde uno se educa. A ti te dicen: no le escupa un ojo a la maestra, no mate al compañero de clase, lea de vez en cuando, no escriba ojo con hache. Te lo dicen en tu casa, te lo dicen en la escuela, te lo hace saber el Estado por medio de unos decretos públicos. Los medios de comunicación son la cuarta vía. Los medios nos están educando mediante una cosa que se llama función bárrica. ¿Qué es la función bárrica? Ves una película de cuarto nivel, quinto, espantosa, feísima, no te quedó nada como contenido. Pero ahí viste como funciona la antena que informa al radar del aeropuerto. No precisaste ir y tocar una para entender el funcionamiento. Por mirar la película, lo entendiste. El contenido de la película lo olvidaste, pero aprendiste una cuestión técnica. Esa función bárrica enseña muchísimo; y los medios la cumplen. Le dicen a los niños como es Ruanda, como se patina en Miami y como respiran los batracios. Cantidad de cosas. Nos dicen a todos. Esa función bárrica prepara a una población que nunca ha asistido a, por ejemplo, el divorcio -suponte que vivimos en una comunidad campesina-, que no todos los divorciados son malos, ni lo hacen por maldad. Por lo tanto, la función bárrica, en ese caso, atenúa el impacto social cuando aparece el problema más tarde. ¿Qué te estoy diciendo con esto? Los medios cumplen una función educativa, aun cuando nos transmiten sus más espantosos programas de chatarra cultural. Entonces, no estoy de acuerdo contigo en decir esta horrible cosa que hacen los medios de comunicación: los medios de comunicación no son ni buenos ni malos en sí mismos. Hay una tinelización de la cultura muy lamentable, estoy completamente de acuerdo contigo, si era eso lo que querías decir; hay productos culturales muy horribles, hay mensajes que los medios transmiten a través de sus productos que son nefastos, pero los medios cumplen una función educativa constantemente

que no debe menospreciarse. Deberían encaminarse mejor. Bueno, hay que adecuarse, porque cultura es un tema bastante revolucionario, ¿verdad?

-Estamos de acuerdo en no demonizar a los medios, pero también es un lugar común decir que la televisión puede ser una herramienta maravillosa, cuando el 90% de lo que vemos es chatarra, que claramente influencia a la mayoría de los jóvenes.

Debía. ¡Pero es una tarea tan desigual! ¡Tan desigual! Tú tenés a los alumnos en clase, con suerte, cuatro horas al día. ¿Y cuánto ven de televisión?

- ¿Es que es una realidad incambiable?

Es muy difícil de borrar. No sé cómo se hace ni por dónde se empieza.

- ¿Cuál es el papel que tiene que jugar el Estado referente a la cultura?

-El Estado es un gestor; y no debe dejar de serlo, en políticas culturales. Pero no debe ser un gestor único. La primera cosa que yo te diría es: ese gestor debe, como lo hace en economía, encaminar a lo macro y dejar un espacio suficiente y vital para lo micro. Entendiendo por lo micro, un espacio para lo privado. A mí, que las políticas culturales, todas, estén en manos del Estado, me hace temblar; como que las políticas culturales estén sólo en manos del mercado, me hace temblar. Una sabia combinación de estos dos mercados, me parece lo más correcto.

-Fuiste hace poco a un encuentro de MERCOSUR cultural. ¿Qué se trató ahí? ¿Es posible un Mercosur cultural con los consabidos problemas de las asimetrías y de los conflictos existentes?

- Yo estuve acá, en un encuentro del MERCOSUR cultural, que organizó Gerardo Caetano en la Cátedra UNESCO. Y luego estuve en Paraguay hablando de políticas culturales por un proyecto paraguayo. Estuve allí con algunos expertos en políticas culturales, como Texeira Coelho, por ejemplo. Y la discusión central era esa: Paraguay quería diseñar su política cultural, y quería una definición de cómo hacerlo. Y creo que todos los que estábamos allí señalamos que no dejen fuera al mercado; el mercado debe estar; con sus reglas, con su ley básica: oferta y demanda. Y el Estado debe estar allí, para eludir todo lo que de salvaje y de meramente económico tiene el mercado, y compensar. Entonces, los dos espacios deben coexistir: cuando esas cosas se dan culturalmente, se sale ganando.

-Pero hay que atender a las particularidades de estos países periféricos. En los países desarrollados al Estado le cuesta mucho imponerse sobre la lógica del mercado. En nuestro país el mercado es muy pequeño.

-Es muy pequeño. Poniendo ejemplos concretos, para que se visualice más: hay un circuito internacional de arte y de saberes múltiples. Desde un filósofo que viene a exponer su último pensamiento, a una pieza musical. ¿Qué pasa con Uruguay? En el mapa casi no está. O vienen subsidiariamente cuando vienen a Argentina, o no vienen. El Estado debería compensar. ¿Por qué? Porque Uruguay tiene que conectarse con el mundo, y no alcanza con tener buenas conexiones con Internet. Tiene que conectarse culturalmente con el mundo. Saber de verdad qué es lo que está pasando en materia cultural, estamos muy encerrados en nosotros mismos. No hay que olvidar otra cosa: Uruguay construyó un imaginario europeísta y quiso pensar que era distinto, con graves consecuencias durante las últimas décadas. Siempre miramos hacia fuera, lo mejor está afuera, y tuvimos durante mucho tiempo una especie de menosprecio cultural a lo que era propio. Entonces, ¿cómo equilibrás? Ni elevando lo propio a la categoría «esto es único en el mundo», quedándose ensimismado culturalmente, ni mirando siempre hacia fuera, «lo mejor está afuera». Y de afuera nos llega poquito porque no quieren venir debido a que somos una plaza pequeña. Es el suicidio cultural. Entonces, cuando yo decía que hay una cuestión macro y micro que debe compensarse y una cuestión de equilibrio entre el mercado y gestión privada, entre mercado y Estado, me refería a eso: nuestros equilibrios deberían tratar de conectarnos con el mundo, de potenciar lo mejor que tenemos, de valorizar muchas cosas que se tienen, de sacudir el polvo de la desidia, y decir: mire, en el mundo en esto se está avanzando; pago, vayan, aprendan, vengan y fórmense escuelas. Esa es la gestión del Estado. El Estado se debe mover entre intersticios. Tener un área propia, definida, rica, que pueda de verdad promover cosas y asociarse con iniciativas privadas, que no necesariamente son crueles, y son iniciativas que vencen la ley del mercado. Hay mucha iniciativa privada que es maravillosa, que es altruista.

- Es un momento complejo del país, con un gobierno de izquierda que vino para cambiar, y, por otro lado, un país jaqueado por sus múltiples condicionamientos, internos y externos.

-Es complejo, sobre todo si le sumás que los uruguayos tenemos siempre una visión muy quejosa de nosotros mismos; y siempre nos rasgamos las vestiduras diciendo que todo está horrible. Y, sin embargo, culturalmente, los uruguayos todavía tenemos una posición de cierto privilegio respecto al resto de América, y un reconocimiento exterior bastante importante. Ahora, cuando uno mira hacia adentro dice: bueno, pero reconocen cosas y saberes y superioridades y exquisiteces. Venimos en un declive muy importante, que se agrega a esto que tú dijiste, con lo cual concuerdo. La segunda: estamos en un cambio que tiene que ver con el gusto. El gusto no es una frivolidad. El gusto representa parámetros éticos.

-¿A que te referís concretamente?

-Cuando tú dices: esto es de mal o buen gusto, estás poniendo casi todos tus parámetros culturales sobre la mesa, para determinar. Cuando una sociedad vira y cambia su gusto y considera bonitos o escuchables en todos los ámbitos piezas y objetos culturales que en otro momento hubieran sido criticados, defenestrados, desvalorizados, hay un cambio del gusto. Nosotros asistimos a un cambio del gusto importante. Hay una estética de nuevos grupos sociales, que a la vez que denuncian su problemática, reciben una escucha importante, porque hay cambios políticos que le dicen: «bueno, ustedes ahora son los que van a ser atendidos, son los que van a ser asistidos». Pero ojo con cristalizar la cultura de esos grupos y elevarla a producto apetecible y multiplicarla: ahí hay un riesgo. ¿De verdad estamos diciendo que esto tiene valor cultural en sí? Una cosa es que yo diga: quiero favorecer a este grupo social, lo visualizo, quiero sacarlo de allí, quiero elevarlo, quiero que viva mejor, y otra cosa es decir: eso es producto cultural. Entonces, de pronto se nos están multiplicando algunos fenómenos que no son culturalmente del todo deseables, como la cumbia villera, ¿no? Y tú decís: bueno, ¿qué está pasando con la cultura nacional?

-Es el tema que desarrollamos con Achugar en la entrevista pasada.

-Sí sí. Leí el reportaje en el cual Hugo decía que él escuchaba cumbia y la familia le decía «no escuches eso». Me hizo muchísima gracia. Porque, claro, son fenómenos culturales. Yo trabajo acá, en Ciencias de la Comunicación, y enseño Teoría de la Comunicación. Entonces, tengo que ver todo tipo de cosas. Y la gente compra la imagen de Ana Ribeiro muy culta, siempre sentituciones muy arcaicas, muy rígidas, muy burocratizadas. En eso el Estado también tiene que aprender del mercado. El mercado es mucho más elástico. ¿Esto no funciona? Creo nuevamente un nicho. ¿Por qué? Porque el dinero me obliga a ser rápido y eficaz. El Estado tendría que ser igual. Pero con lo que debe desarrollarse en la cabeza de la gente. ¿Qué cine se está haciendo? ¿Cómo se ha apoyado? ¿Qué clase de música se está haciendo? Que vayan a aprender, que vean y que vengan.

-¿Lo que se está haciendo en el mundo?

-En el mundo, claro. Esas conexiones tienen que estar más aceitadas. Fijate a nivel de región: esta región, por su propia condición de híbridos y múltiples cosas, es riquísima culturalmente. ¿Qué sabemos de los países de al lado? Escuchamos Caetano Veloso al cubo, yo la primera, me encanta. Pero Brasil no es sólo Caetano Veloso. Si tú vas un poco hacia arriba, hay una mezcla en las zonas de frontera, maravillosa. ¿Nos llega algo de eso? ¿Qué tenés que hacer para poder traer a un músico que toca la guitarra de manera endemoniada, y que toca un mix de música brasilera en el Mato Grosso con influencias paraguayas e influencias del litoral argentino? Eso es una belleza, está ahí nomás. Acá no llega, es muy difícil.

-Tu vivís en las Piedras, donde por mucho tiempo no hubo ni cine, ni teatro. Si estoy bien informado, en este periodo se abrió una sala. ¿Hay demanda de parte de la población por acceder a los bienes culturales?

-Hay demanda...

-¿El escenario anterior, de la segunda ciudad en importancia del país sin salas, a que se debió?

-A la debilidad del Estado, sin duda. Porque en Las Piedras había cuatro cines. Cuando era niña, iba a la matinée a los cuatro cines, todos los domingos de mi infancia. Los cuatro se

convirtieron en supermercados, en templos de nuevas religiones, etc. A Las Piedras la mata estar cerca de Montevideo. La gente se queja, pero el que puede, va hasta ahí. Ahora se reflató uno de esos cines y hay una sala, pero hubo una voluntad política clarísima de la Intendencia del Dr. Carámbula. Y hubo un capitalista privado, al que se le facilitaron todas las cosas. Ahí hay un buen mix. Pero hay una demanda, ¿cómo no va a haber? ¡Sin duda! La gente se queja muchísimo de todo eso. En Las Piedras no hay nada para hacer